

que está pronto á abandonarlo todo por él. ¿ Y qué no le debe el hombre? ¿ quién concebirá la estension de una obligacion tan infinita? Solo la fe la puede divisar, el hombre torpe y grosero no puede explicarla; dichoso si sabe amar y adorar en silencio.

Mañana, señor, si me lo permitis, comenzaremos esta conferencia: consolaos ahora considerando que ya estais en los brazos de Dios, y que su bondad nos dará tiempo y gracia para acabar su santa obra. El padre se fue; yo, Teodoro, sin perder un instante, me puse á aprender lo que me dejó señalado, y pasé en esta ocupacion la mayor parte de la noche. Yo queria aprenderlo todo; pero á fuerza de abarcarlo todo no aprendia nada. Al fin llegó el otro dia, y en él pasó lo que en mi primera carta te diré. A Dios, amigo.

## CARTA XVIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

ESTE dia vino el padre á la hora regular, y despues que me dijo algunas palabras de consuelo para alentarme á proseguir mi empresa, habló así: Ayer, señor, quedamos en que hoy os procuraria dar una idea de la religion cristiana, y que trataria de haceros ver su espiritu segun los principios de la fe. Voy á cumplir mi palabra lo mejor que mi cortedad alcance, y procuraré que sea con la mayor sencillez y claridad. La religion tiene su hermosura propia, y no necesita de adornos estrangeros. La sencillez del estilo es el aliño que mejor la sienta.

La fe nos dice que hay un Dios criador y primera causa de todo lo que existe; que este Dios es único, increado, omnipotente y eterno, y que por su voluntad dió la existencia á las cosas visibles é invisibles, que no subsisten sino porque su providencia las mantiene y gobierna; que este Dios es el mismo que el Símbolo de nuestra fe llama Criador del cielo y de la tierra; que este Dios fue conocido y adorado por los Judios; que tambien lo fue por los Gentiles; pero que estos profanaron su culto con muchas fábulas y supersticiones;

Que este Dios, el único que es y tiene el ser de sí mismo, es el único que existe por su propia naturaleza; es tambien el centro, la raiz y el principio de

todas las perfecciones; pues todo lo demas que le debe el ser, le debe tambien las buenas calidades que pueden acompañarle, como que todo lo bueno, lo santo y lo perfecto que se puede hallar en sus criaturas procede de su perfeccion original y primitiva, siendo ella el único manantial de donde sale todo bien;

Que este Dios por la fecundidad, riqueza y plenitud de su saber, produjo en sí mismo, ó engendró en su seno el concepto de su mente divina; esto es, su Verbo, su palabra interna, su razon, su inteligencia, su sabiduría, la verdad misma, que es el pensamiento de Dios eterno y subsistente;

Que Dios produjo este concepto de su mente divina, este Verbo que es de su propia naturaleza, el cual subsiste eternamente en ella, por el cual crió el mundo, le sostiene y gobierna; que le engendró en su seno desde la eternidad, y le produjo de su misma sustancia: así le llamamos su hijo; y como Dios padre no puede dejar de amarse á sí mismo, porque es infinitamente amable, tampoco puede dejar de amar á este su hijo, que, siendo tan perfecto como él, es tambien infinitamente amable; y por la misma razon el hijo no puede dejar de amar á su padre, que le ha dado su mismo ser y sus mismas perfecciones;

Que de este amor infinito é inefable con que el Padre y el Hijo se aman procede el Espíritu Santo, y es de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo, pues no es otra cosa que el amor de los dos. Y que de esta manera, aunque la naturaleza divina sea única

é

é indivisible, hay en ella realmente tres relaciones distintas que llamamos personas para distinguirlas, aunque las tres no sean mas que una misma sustancia. Y si fuera posible usar de comparaciones en objetos tan superiores á nuestra inteligencia, se pudiera decir que estas tres relaciones subsisten en la esencia divina á la manera que en el alma humana estan la memoria, el entendimiento y la voluntad, que, aunque son tres potencias distintas, subsisten en la misma alma, que por su naturaleza es única, indivisible y simple.

Este es el inescrutable misterio de la Trinidad divina, y primer artículo de la religion cristiana, misterio que estuvo largo tiempo escondido en el seno de Dios; pues, aunque en el antiguo Testamento hay algunas nociones por donde ahora se puede rastrear, no eran bastante claras para que los hombres las pudieran entender. Tambien es cierto que Dios desde el principio habia prometido un Mesías; pero entonces pocos conocieron que este Mesías seria su Hijo unigénito, su sabiduría increada, su Verbo divino, nacido en la eternidad de su propio seno, en una palabra, el mismo Dios.

Fue este Hijo unigénito el que, descendiendo del cielo, unió á sí la naturaleza humana, y se hizo hombre por salvar á los hombres, y el que en el curso de su mision divina nos descubrió este portentoso secreto, que jamas hubiera podido descubrir ni inventar la razon humana. Él fué el que nos dió una idea clara de la naturaleza divina, enseñándonos

Tom. II.

19

claramente y sin rodeos, que su divino Padre le había engendrado en la eternidad de su propia sustancia, y que del amor de los dos procedía el Espíritu de ambos. Y aunque se dignó de explicarnos sin embozo que él procedía de su Padre por generacion, y que era su Hijo real y verdadero, no nos explicó como procede el Espíritu Santo de ambos, contentándose con decirnos que él y su Padre produjeron al Espíritu Santo, que es persona distinta de ambos.

Ve aquí pues lo que cree el Cristiano, y lo cree porque Jesucristo lo ha dicho. Despues que este divino Salvador probó con pruebas tan claras y tan evidentes que era Dios, ¿cómo era posible dejar de creer lo que nos dice? ¿quién podrá conocer mejor la naturaleza divina? ¿qué importa que nuestra razon no descubra con claridad todas las relaciones de misterios tan oscuros? ¿quién la ha dado órganos para conocer lo que es divino, cuando apenas puede concebir lo que es humano? ¿cómo hablará con propiedad de la naturaleza de Dios el que ignora lo que es la de los brutos? Así, sin la pretension de entender ni explicar el misterio de la Trinidad, solo procura estudiar y saber lo que Jesucristo se ha dignado decir para creer y adorar; y porque Jesucristo lo ha dicho, cree que Dios es uno y trino, uno en su esencia, y trino porque en esta única esencia hay tres personas realmente distintas.

Cuando dice que hay tres personas, no imagineis que este nombre de personas tenga en la naturaleza de Dios la misma significacion que en nuestro idioma

familiar, que signifique lo mismo que entendemos cuando decimos que Pedro, Pablo y Juan son tres personas distintas. Hay infinita diferencia entre Dios y los hombres; pero la usamos y la usaron los santos padres para distinguir el Padre del Hijo, y el Espíritu Santo del Hijo y del Padre, sabiendo bien que esta espresion es defectuosa por la grosería del language humano. Y aunque no podemos explicarnos mejor, procuramos elevar nuestro espíritu, y confesar con la Iglesia, que se conforma reverente con las palabras de Jesucristo, que la esencia de Dios, una, simple é indivisible, incluye en sí la omnipotencia que es el Padre, incluye la sabiduría ó la palabra interior que es el Hijo, incluye el amor con que ambos se aman, y que los une, que es el Espíritu Santo.

Este misterio es de su naturaleza tan alto y elevado, que en su contemplacion se abisman los espíritus mas sublimes. La Divinidad es un abismo insondable de magestad y grandeza. Pero, para creerlo, ¿no basta saber que Jesucristo lo ha dicho, y que Jesucristo es Dios? Por eso está explicado con distincion en el símbolo de nuestra fe, y cuando decimos ó cantamos el *Credo*, protestamos particularmente creer y adorar el misterio de la santísima Trinidad.

Cuando nombramos á Dios, cuando le pedimos que nos ayude, ó le hablamos de cualquier otra manera, entonces entendemos dirigirnos á este Dios uno, trino, indivisible y omnipotente, que todo lo ha criado de la nada, que está presente á todo, que hace gozar á los bienaventurados de la inmensidad de su gloria,

y que desea darnos la misma felicidad. A este Dios nuestro soberano Señor, nuestro único bien, debemos dirigir como á fin todos nuestros ruegos y adoraciones, él solo es el objeto de nuestra adoracion y religion.

Sus basas son el amor y el temor. Dios es infinitamente bueno y santo; por su naturaleza ama la virtud, y detesta el vicio. Nos manda obedecer sus leyes, y resistir á los deseos de nuestros apetitos. Tiene el poder de castigarnos, y nos ha declarado que lo ejecutará, si no le obedecemos. Estos son los principios que fundan la necesidad de obedecerle, para no esponernos á los peligros de su cólera; y de ellos se infiere que el pecador no le teme, cuando, á pesar de su peligro, se deja arrastrar de sus pasiones, ó cuando, fiado en la esperanza incierta de aplacarle despues, se abandona con falsa seguridad al torrente de sus vicios.

Pero fuera de este estímulo tan poderoso hay otro mas noble, y en las almas generosas mas activo: este es el amor. ¿Qué nos dice el primero y mas principal de los mandamientos? *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, toda tu alma, y todo tu espíritu.* En efecto, ¿qué puede amar el hombre, si no ama á su Dios á quien lo debe todo? ¿y que menos puede hacer que amar á tan buen padre, cuyos atributos solos debieran arrebatarle de admiracion y de amor? Infinitas son las razones de amarle, y las de manifestar que le amamos mas con acciones que con palabras. Este amor tierno y respetuoso debe ser el

sentimiento dominante de nuestro corazon, y él debe impedirnos hacer nunca cosa que le pueda ofender; él nos debe excitar á estar siempre en su presencia, á no apartarle nunca de los ojos del alma, y á repetirle actos de adoracion y de amor. A lo mismo debe excitarnos nuestro propio interes, pues se ha dignado asegurarnos que una felicidad sin fin será el precio de un amor que debiéramos tener sin esta esperanza, y que premiará una obediencia que es la mas simple y debida obligacion de un hijo para su padre, ó de un esclavo para su señor.

Aunque la religion deba adorarle en todas partes, pues Dios está en todas ellas, y todo lo llena con su inmensidad, debe hacerlo con especialidad en sus templos, donde reside como en un trono invisible, y donde mas particularmente nos da audiencia. Por otra parte los templos estan consagrados á su gloria, son la congregacion de los fieles, en donde se reunen las almas para presentarle sus oraciones y su culto, y allí es donde debemos levantar mas nuestros corazones, para reconocer su grandeza, nuestra dependencia, y adorar lo infinito de su magestad; allí debemos bendecirle, pedirle que su nombre sea glorificado en todo el mundo, y que su divina voluntad sea por siempre obedecida.

No debemos tener otro objeto en todas nuestras acciones, aunque sean las mas indiferentes y comunes, como el trabajo, las comidas y el sueño; pues debemos hacer todo esto porque Dios quiere que lo hagamos. Por esto la Iglesia nos enseña á que las em-

pecemos todas haciendo la señal de la cruz, uniendo á esta demostracion de Cristiano la espresion de *Gloria sea al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*, para hacernos entender que todo lo debemos hacer por la gloria de este Dios, trino y uno.

Nosotros somos pobres y miserables criaturas. Siempre estamos cubiertos de pecados graves ó ligeros, que nos hacen mas ó menos culpados; siempre tenemos necesidad de perdon, y siempre le debemos pedir. Pidámosle pues continuamente á este Padre misericordioso, que es el único que nos le puede conceder; pero este ruego debe ir siempre acompañado de un dolor sincero de haber ofendido á un Dios tan bueno, y de una resolucion muy determinada de no volverle á ofender. Esta oracion necesita menos de palabras que de afectos; no es menester decir mucho, sino sentir bien. Dios ve el fondo de los corazones, y solo se complace con la sinceridad de la intencion. *Mi Dios! misericordia; socorre á esta tu pobre criatura*: esto basta para esplicar el dolor activo que debe ser el sentimiento habitual de un pecador; y si el corazon lo pronuncia interiormente con verdad, este afecto solo llegará hasta el trono de Dios.

El motivo mas puro de este dolor es el que la Iglesia nos indica. Esta santa madre nos instruye de que todos los motivos que nos apartan de ofender á Dios son buenos, que todos los que pueden producir el arrepentimiento de las ofensas ya cometidas lo son tambien; pero que el mejor principio, la mas justa y mas noble causa de todas es el amor de Dios. Esto

es, que debemos procurar la detestacion de nuestras culpas por el dolor de haber ofendido á un Dios tan bueno, y que debemos determinarnos á reformar nuestras costumbres por no volver á ofender á un Dios tan santo como grande, á un padre tan poderoso como tierno. Este dolor que no se mueve únicamente por el propio interes, sino que tiene á la vista la ingratitud, la injusticia y la iniquidad que se ha cometido contra un Dios tan digno de nuestro amor, es el que se llama contricion, el mejor y mas noble de todos, y puede llegar á ser tan vivo y eficaz, que por sí solo baste á justificar al pecador.

Del mismo modo la conciencia delicada, el corazon timorato que se observa con cuidado, que vela con atencion continua para no hacer cosa alguna que pueda desagradar á Dios, y que obra no tanto por obtener sus recompensas y huir sus castigos, como por no disgustar á un Dios tan digno de ser amado, por no ofender á un padre á quien todo se debe, y á quien se aprecia sobre todo, este tiene un sentimiento el mas digno de un Cristiano; este es el temor filial, el afecto sensible de un tierno amor, el que mas honra y glorifica al amor divino, y el mas sublime esfuerzo de la virtud del Cristiano, sentimiento superior á la naturaleza corrompida, pero que se obtiene con la gracia, y se cultiva con el ejercicio.

Este es por lo ordinario el fruto de la oracion sincera y fervorosa; pero, antes de tratar de esto, volvamos á las primeras ideas de la religion. El Cristiano debe

pues invocar y adorar á la Trinidad divina, dirigiéndose al Padre eterno por la mediacion de su Hijo, y con la gracia y auxilio del Espíritu Santo. El mismo Salvador nos enseñó á dirigirnos á su Padre, cuando nos dijo (1): « Cuando os pongais á orar, retiraos » al lugar mas secreto de la casa, y vuestro Padre » que conoce los pensamientos mas secretos os escuchará ». Y él mismo nos enseñó á dirigir al Dios omnipotente la mejor de todas las oraciones, que es el *Padre nuestro*, asegurándonos que todo lo que pidamos al Padre en nombre de su Hijo nos será concedido.

La Iglesia nuestra madre y nuestra maestra, cuyos ejemplos debemos imitar, empieza por lo comun sus oraciones dirigiéndolas á Dios padre, que es la primera persona en el orden, las continua interponiendo la mediacion del Hijo, porque sabe que no podemos obtener nada sino por sus méritos, y las termina en la union del Espíritu Santo, porque su intencion es adorar y glorificar toda la santísima Trinidad.

Así, aunque sea imposible dividir lo indiviso; aunque no se pueda ni aun concebir una persona sin las otras, á causa de su absoluta inseparabilidad en las sustancias; y aunque todas tengan la misma esencia y los mismos atributos, nuestro entendimiento, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, las atribuye particulares relaciones, y la religion nos indica que para que nuestra oracion sea arreglada al espíritu del cris-

(1) *Matth.*, vi, 6.

tianismo, se dirija desde luego á Dios, el Padre eterno, el Criador de todo, que se le pida por los méritos de su Hijo el Hombre Dios y Redentor del mundo, y que se le pida invocando su espíritu divino, que pide en nosotros y con nosotros para hacer nuestra oracion digna de ser oida. Todo esto sin separar una persona de las otras, porque las tres son el mismo Dios único, indivisible y eterno, á quien debemos el ser; el Dios de quien tenemos los bienes de la tierra, y de quien esperamos los del cielo.

Es imposible, señor, que el hombre pueda formarse una idea justa de este misterio. Es de una esfera muy superior á sus cortos alcances; le cree, porque se le ha revelado, porque la Iglesia le cree, y ya hemos visto las razones invencibles que tiene para creerlo, aunque no lo comprenda. Tampoco puede formarse idea de Dios trino y uno, porque siendo inmenso é invisible, sus sentidos no le pueden ofrecer ninguna imagen adecuada que se la dé. Los pintores han querido contentar la imaginacion dibujándole con formas sensibles, y, no pudiendo hallarlas sino en las materiales que solo conocen, representan al Padre con la figura de un anciano venerable que tiene al mundo en una de sus manos, y al Espíritu Santo como una paloma; pero estas son imágenes muy imperfectas y groseras.

El eterno Padre no tiene ninguna semejanza con las criaturas, y no puede ser caracterizado con miembros humanos, y con las arrugas de la vejez. El Espíritu Santo ha tomado la forma de paloma y de

lenguas de fuego para hacerse visible; pero dista infinito de estos y cualesquiera objetos terrestres. Solo el Hijo de Dios, ó la segunda persona de la Trinidad, ha dejado á nuestra fe una imágen visible; porque, como se hizo hombre, podemos verle con la imaginacion tal como ha existido, y representarle como niño, como hombre, y crucificado. No nos es posible ver su divinidad, pero las imágenes de su humanidad nos indican que es nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre.

La devocion que debemos tener á este Hombre Dios no es solo obligacion esencial, sino condicion indispensable para obtener la vida eterna. No hay otro nombre en que podamos salvarnos, sino el de Jesus. Dios no oye nuestros ruegos, ni nos concede nada sino por sus méritos, pero todo lo concede por sus méritos y su mediacion. Estos son los principios cristianos, y si consideramos todas las acciones y pasos de su vida, sus humillaciones, dolores, y en especialidad su pasion y muerte, veremos que todo lo que ha hecho, todo lo que ha sufrido, fue únicamente por nosotros; pues él, por su naturaleza, era la inocencia misma, y no necesitaba de espiacion. Por poco que nuestro corazon sea sensible no olvidará un instante tantas pruebas de amor, y debe corresponder á tantos beneficios con la mas viva gratitud, y con el mas encendido amor.

Por otra parte Jesus es el autor de toda gracia, y la fuente de que mana todo bien espiritual. Es su sangre la que en el bautismo nos borra la mancha del

pecado original, y nos hace hijos adoptivos de Dios. Es Jesucristo quien nos obtiene el perdon de todas nuestras culpas que la depravacion ó la flaqueza nos hacen cometer, si tenemos de ellas un sincero dolor; pues es el único mediador entre Dios y los hombres. No hay gracia que no pueda conseguirmos con la sangre preciosa que vertió por nosotros, y que ofrece á su Padre sin cesar; en fin es Jesucristo el que recobró y nos ha restituido nuestros titulos para la vida eterna.

Las puertas del cielo no se abrieron ni se abrirán jamas sino por él. Nadie puede entrar sino por los méritos del cordero de Dios, de la victima que sola puede lavar nuestras iniquidades; y por esto á él únicamente se le ha dado, y puede convenir el nombre de Salvador. ¡ Qué nombre tan dulce! ¡ cómo debe excitar nuestro amor, y recordarnos la obligacion de buscar su socorro y apoyar en él nuestra confianza! Como es consustancial con su Padre, todo lo puede, pues el evangelio nos dice que su Padre ha puesto todo el poder en su mano, dándosele sin limites en la tierra y en el cielo.

Por consiguiente bien podemos dirigir nuestros ruegos á este divino Salvador, para que nos perdone los pecados; pero el medio mas ordinario es implorar la misericordia del Padre por sus méritos, que son los únicos que pueden merecer las gracias del Autor de todo bien. Cuando nos presentamos á Jesucristo en su sacramento para adorarle ó para recibirle, entonces nuestro corazon, que se hace trono de su amor, va á

él directamente, y es el tiempo mas propio para suplicarle que nos cure de nuestros males, que nos fortifique y gobierne en el camino del cielo, y nos conceda los auxilios de que tanto necesitan nuestra debilidad y miseria. Cuando se considera que este Dios es tan bueno, que, no contento con haber derramado toda su sangre para rescatarnos, se digna de venir á nuestros corazones, y que quiere habitar con criaturas débiles, y tan indignas de favor tan precioso, ¿cómo no se ha de amar un señor tan dulce, un bienhechor tan amable?

San Pablo anatematiza al que no ama á Jesucristo. La basa de nuestra religion es amar y adorar no solo al Señor y Criador de todo, sino tambien á nuestro divino Salvador. Si debemos tener amor y gratitud al que nos ha criado y conserva, los mismos sentimientos debemos al que nos rescató con el sacrificio de la cruz, al que recobró nuestros derechos á la gloria eterna, y al que en su sacramento se digna ser nuestro alimento y nuestra fuerza. Este es el verdadero espíritu del cristianismo; sin él nadie puede salvarse, y con él, suponiendo la observancia de los preceptos de Dios y de la Iglesia, la gracia nos conduce á la gloria.

Así pues la devocion es verdadera cuando nos lleva á Jesucristo, y se puede juzgar ciertamente de la solidez de la religion de cada uno por el profundo respeto con que le adora, sea en sus templos, cuando está á la pública veneracion, sea cuando va públicamente en procesion, ó en viático á los enfermos. ¿Qué me-

nos podemos hacer, cuando este rey de reyes parece en persona enmedio de sus vasallos, que corren presurosos á acompañarle y adorarle? Esta demostracion de amor excita su misericordia, y nos atrae nuevas gracias; pero esta devocion exterior no es nada cuando la interior no la produce: esta es el alma de aquel cuerpo. Trataremos de ella con mas estension cuando hablemos de su vida, de su doctrina, de su pasion y su muerte, que fueron los últimos rasgos con que dibujó su infinito amor para los hombres.

Baste por ahora decir que la verdadera religion consiste en el amor de Dios y del prójimo, y en nuestra confianza en Jesucristo, como salvador de los hombres y mediador con Dios; que esto es lo que nos enseñan los libros de la nueva ley; que este es el ejemplo que nos han dado los santos, y lo que nos recomienda la Iglesia. Esto es lo necesario indispensablemente para salvarse, y ninguna otra devocion puede suplirlo. Él que en lugar de estos principios sólidos, luminosos y de absoluta necesidad quisiera sustituir otros que no fueran mas que de consejo, seria enemigo de la religion cristiana, pues quiere destruir sus fundamentos.

En la Trinidad adoramos tambien al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, y es consustancial con los dos; y los dones preciosos que tenemos de este divino Consolador nos deben inspirar para él una devocion particular y determinada. La mayor prueba de bondad que Dios pudo darnos fue la Encarnacion de su Hijo, y este plan de misericordia fue conducido



por el Espíritu Santo. ¿Quién ha sentido mas su influencia y su fuerza que los apóstoles y discipulos de Jesucristo? Despues de haber vivido largo tiempo con su divino maestro; despues de haber sido testigos de sus milagros, y haber recibido todas sus instrucciones, no tenian todavía la fe viva, el amor generoso que no conoce obstáculos, y sabe despreciar hasta la muerte misma.

Pero apenas les envia el Espíritu Santo, que descendiendo sobre ellos en lenguas de fuego, estos pescadores débiles y groseros se trasforman en misioneros intrépidos y sabios. Los horrores del suplicio y la muerte no los detienen, y sellan con su propia sangre las verdades que anuncian. El mismo espíritu que habia iluminado á los profetas habla por los labios de los apóstoles, les da la inteligencia de las instrucciones que habian recibido, y les hace poner los cimientos de una religion nueva que debia triunfar de las antiguas. Este mismo fuego abrasó despues á las vírgenes y á los mártires, y era el que les hacia superar los tormentos y los cadalsos.

La mayor prueba de amor que pudo darnos Jesucristo es ciertamente la institucion de la Eucaristía, pues en ella el pan y el vino se convierten en su cuerpo y en su sangre. Y aunque este milagro se haga en virtud de sus palabras, la Iglesia cree que el Espíritu Santo concurre con su influencia, y por eso le invoca, y le pide que derrame sus dones. En el bautismo cuando Dios nos adopta por sus hijos, el Espíritu Santo descendiendo sobre nuestras almas, y hace nacer

en ellas las tres virtudes celestiales de Fe, de Esperanza y de Caridad. El apóstol ha dicho que la caridad ó el amor de Dios se derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fué dado en el bautismo. Su nombre es amor, y el Cristiano debe dirigirse á él, si desea obtener el amor que es la primera virtud del Cristiano. La mejor señal de que habita en nosotros es sentir un amor de Dios tan vivo, que solo temamos ofenderle, y con un deseo muy ardiente de que todos le amen como nosotros.

El Espíritu Santo es el principio de todas las buenas inspiraciones, de él salen todos los dones y gracias con que el hombre se perfecciona, la religion los conoce, y él los distribuye entre los fieles como quiere. San Agustín dice que, segun la palabra de Dios, al Espíritu Santo debemos propiamente la remision de los pecados, y que por esto tiene tambien el nombre de pacificador, porque de él se deriva toda santidad y gracia interior, bien que, como hemos dicho, concurre toda la Trinidad. Seria imposible explicar todos los titulos que tiene á nuestro amor y adoracion este Consolador divino; pero no olvidemos que nos importa que no se aleje de nuestro corazon, pues tanto lo necesitamos. Todo hombre cuando nace trae consigo otro espíritu bien diferente de aquel, un espíritu de concupiscencia, un amor vil y terrestre, que con furor nos inclina á los objetos sensibles, que excita los deseos desarreglados, y nos hace olvidar á Dios y la celeste patria, que en fin acaba por hacernos el desprecio y oprobrio de los hombres, y por traer sobre nosotros la cólera de Dios.